21.03.79

8.25

CONTRA EL BIPARTIDISMO EN LAS MUNICIPALES.

Jordi Solé Tura

La campaña de las elecciones municipales se desarrolla con una aparente atonía. Y digo aparente porque aunque es cierto que no se multiplican los grandes actos ni las propagandas espectaculares, en cada población y en cada barrio se desarrollan múltiples formas de lo que yo llamaría la "acción electoral de base", especialmente por parte de las formaciones políticas de la izquierda. No hay que olvidar, además, que las elecciones municipales tienen un carácter distinto a las legislativas, se prestan menos a los grandes actos y más, en cambio, a los contactos personales, a las explicaciones en torno a los problemas concretos de cada lugar.

Sin embargo, es indudable que sobre estas elecciones municipales pesan dos grandes losas de plomo. La primera es la gran tardanza en celebrarlas. La segunda es su convocatoria inmediatamente después de las legislativas.

Estas elecciones debieron celebrarse hace muchos meses, muy poco después de las elecciones legislativas del 15 de junio de 1977. Así lo planteamos en el Congreso de los Diputados los parlamentarios comunistas en septiembre de 1977, pero se nos hizo caso omiso. El daño causado con este largo aplazamiento es enorme. Entre la muerte de Franco y la elección de unos ayuntamientos que substituyan a los designados bajo el franquismo habrán transcurrido casi tres años y medio.

Se me dirá que tres años y medio no es mucho tiempo pero yo creo que es un lapso exasperante ante la urgencia de los problemas a resolver y, desde luego, un lapso totalmente decisivo para el ser o no ser de nuestra precaria democracia.

Para la mayoría de la gente la palabra democracia empieza a tener sentido en la fábrica y en el ayuntamiento, dos lugares en los que la democracia de verdad todavía no ha penetrado. Las Cortes fueron elegidas democráticamente el 15 de junio de 1977, pero las Cortes están en Madrid y Madrid queda lejos — y no sólo geográficamente — para la inmensa mayoría de los ciudadanos. Entre los problemas de éstos y la actividad de las Cortes se interponen, además, enormes barreras y espesas cortinas porque la mayoría de los aparatos del Estado encargados de la transmisión apenas han sufrido modificaciones respecto al período franquista. Durante estos tres años y medio cuando el ciudadano ha acudido al ayuntamiento en busca de soluciones, ha encontrado las mismas caras, los mismos intereses, la misma falta de representati-

vidad. Y a menudo ha tenido que recurrir a los mismos procedimientos que antes para hacerse oir, encontrando también las mismas respuestas. ¿Qué sentido ha tenido, pues, la palabra democracia para la mayoría de los habitantes de los municipios españoles? ¿Qué sentido puede tener la palabra democracia para los habitantes del municipio madrileño de Parla ? El daño causado con este largo aplazamiento es,pues, enorme y va a costar mucho repararlo. Y esto no se puede perder de vista en ningún momento cuando se habla de atonía y desinterés en la campaña electoral.

La segunda losa de plomo es la fecha de su convocatoria.Después de tanto esperar, las elecciones municipales se van a celebrar un mes después de las segundas elecciones legislativas. Llevamos, de hecho, tres meses de campaña electoral, abierta o salapada. Las elecciones legislativas se han desarrollado bajo el signo fren'etico del bipartidismo y parece como si la inercia de éste pesase en las municipales.

En las legislativas, la U.C.D. y el P.S.O.E. plantearon las cosas en términos de alternativa absoluta : o Suárez o González. Y ahora se sigue poco más o menos en los mismos términos. La U.C.D. piensa que el haber sido el partido que más votos obtuvo en las legislativas le va a dar una ventaja sustancial en las municipales y para ello plantea las cosas de la misma manera: o yo o el marxismo. El P.S.O.E. habló en las legislativas de alternativa de poder y ahora, una vez fracasado este planteamiento, habla de "alternativa de cambio" y pretender convertirse en el "eje vertebrador" de la izquierda, reduciendo a los demás a grupos menores que giren a su alrededor.

Esto se nota incluso en el planteamiento de la campaña electoral. El acento principal se pone en los"alcaldables", con una lógica que recuerda la época anterior y que se sitúa, de hecho, en el marco de la estructura actual de los ayuntamientos, esto es, la estructura de los alcaldes-presidentes. Parece como si toda la cuestión consistiese en cambiar un alcalde nombrado a dedo por un alcalde elegido, cuando en realidad el problema es otro.

Porque de lo que ahora se trata es de liquidar el franquismo a nivel municipal, de eliminar el caciquismo, de hacer entrar en los ayuntamientos equipos de hombres y mujeres capaces de renovar toda la vida municipal y de introducir en ella la auténtica democracia.

Si se repasan las candidaturas pueblo por pueblo, ciudad por ciudad, se observa que al amparo de siglas de partido lo que se ofrece a menudo es la pura y simple continuidad. Este es el caso de la inmensa mayoría de los candidatos de U.C.D. y de Coalición Democrática. A nivel municipal nos proponen una ope-

ración parecida a las de las federaciones deportivas, en las que mediante una elección han continuado en los cargos directivos los que ya estaban antes por designación a dedo.

Luchar contra el franquismo municipal, contra el caciquismo quiere decir, pues, luchar contra todas las formas de continuismo, abiertas o solapadas. Y es continuista no sólo aquél que antes fué designado a dedo y ahora se presenta a elección sino también aquél que sin haber ejercido cargo bajo el franquismo representa ahora los mismos intereses y las mismas formas de entender el ayuntamiento que los que mandaban bajo el franquismo.

Por eso lo decisivo no es el personaje "alcaldable" -- aunque yo no dudo de la importancia electoral de los diversos candidatos -- sino los equipos que se presentan detrás de cada cabeza de lista. Lo importante es saber quiénes componen estos equipos, si son o no hombres y mujeres capaces de renovar la vida municipal, capaces de abrir las puertas de los ayuntamientos al conjunto de la población, capaces de derrotar a la especulación, capaces de terminar con la corrupción. Y para ello hay que ver la trayectoria de todos y cada uno de los candidatos, saber que han hecho y dónde han estado bajo el franquismo, saber si representan o no de verdad a los trabajadores y a las clases populares. Lo demás son palabras y promesas vacías. Eso es lo que cuenta. O, mejor dicho, eso es lo que debe contar más allá de la imagen televisiva, de los costosos carteles de propaganda y del dinero invertido a montones.

Finalmente, debe quedar claro que si lo decisivo son los equipos no habrá ningún equipo que por si solo pueda resolver los problemas de los ayuntamientos. Habrá que alcanzar acuerdos, formar coaliciones. Y esto no se podrá hacer al tuntún, de manera diversa en cada lugar. Si de verdad se quiere poner fin al caciquismo y al continuismo, la izquierda deberá ser capaz de llegar a un acuerdo general sobre las personas y sobre los programas, es decir, deberá ser capaz de llegar a la unidad de programa y de gestión. Y aquí hay que decir bien claro que no hay ningún eje vertebrador a priori. La izquierda es plural y el único eje vertebrador es su unidad. Por eso cada palo debe saber aguantar su vela y a partir de la fuerza demostrada, a partir de lo que cada uno es, llegar a un acuerdo programático que permita realizar el objetivo fundamental: derrotar el continuismo. Si lo que se busca, en cambio, es asegurar hegemonías particulares pasará como ha pasado con las legislativas: que a fuerza de bipartidismo la derecha ha salido más beneficiada electoralmente que la izquierda.

Mundo Diario / Informaciones 21. 3. 79.